

La desigualdad y la injusticia como provocación evangélica

Por Jean-Mathieu LOCHTEN
Licenciado en Teología y Diplomado por
el Instituto de Estudios Políticos de
París

«¿Hay algo más opuesto, en efecto, que trabajar, por una parte, en la gestión de una empresa, en su valoración, en la búsqueda del máximo provecho y de la mejor inversión y desear, por otra, participar en la vida de los pobres, marginados por el sistema?»

Debo precisar que escribo aquí como teólogo, no como economista cristiano, lo cual quiere decir que no pretendo ni resolver económicamente los problemas económicos que mi artículo pudiera suscitar, ni resolver teóricamente las relaciones entre la teología y la economía, ni siquiera prever cómo poner en práctica lo que quiero decir. Por donde ha pasado un teólogo siempre queda sitio todavía para otro.

Quiero hablar como teólogo en la medida en que tengo conciencia de una gran responsabilidad colectiva, es verdad, de los teólogos en relación con las ciencias y la economía. Me da la impresión de que esos teólogos no han estado a la altura de las nuevas situaciones y de que no se ha hecho un trabajo importante. Tengo la sensación de que la tecnocratización de nuestras facultades económicas confesionales, su progresiva inserción en el sistema de la enseñanza universitaria en general, su «ateización» objetiva, aunque latente, se debe, por una parte, a la falta de reflexión teológica. No menos me embarga el sentimiento de que lo que pueda decir será también insuficiente.

Una cierta exégesis subyace a mi reflexión. He apreciado los paralelos establecidos por Mr. SAILLY (1) entre el reparto de lo sobrante y la multiplicación de los panes, entre la reivindicación sindical y la parábola del juez inicuo, entre la igualdad de oportuni-

(1) Véase artículo de este autor en este mismo número de REVISTA DE FOMENTO SOCIAL, págs. 333 a 359.

J. M. LOCHTEN

dades y la valoración de los talentos, entre el principio «a cada uno según su rendimiento» y los obreros de la última hora. Yo mismo haré alguna alusión al llamamiento del joven rico o a otros textos. Pero creo sinceramente que en esta clase de exégesis concerniente a los problemas que nos ocupan se corre el peligro de conducirnos fácilmente según nuestros apriorismos y de hacernos encontrar en el Evangelio lo que podríamos nosotros tener necesidad de justificar en nuestras acciones. Se corre el peligro de pasar de largo lo esencial y aun de deformar completamente el Evangelio atrayéndolo a nosotros en vez de dejarnos conducir por él.

Esto esencial quisiera tratarlo como moralista, pero como moralista un tanto particular que no puede dissociarse del militante que soy. Quiero decir que mi reflexión no parte del texto sagrado para llegar a determinar una práctica ni siquiera de una confrontación de los textos con la realidad. Mi reflexión tiene por origen una acción de militante. Y, hoy por hoy, no veo otra teología ni otra economía posibles como ciencia, si no es a partir de la acción. No pretendo, por otra parte, presentar un testimonio. Lo fundamental de esta comunicación mía son los diálogos con cristianos comprometidos en diversas situaciones, en su mayoría económicas y que se interrogan, como nosotros lo hemos hecho a lo largo de estos encuentros, sobre el sentido cristiano de su acción.

Uno de mis amigos de formación económica clásica está completamente implicado en la gestión financiera y lleva como gerente una hacienda que personalmente no le es de ninguna utilidad, pero a la que está profesionalmente dedicado y por lo que recibe su sueldo. Sus gustos personales, sus profundas apetencias van en otra dirección, ya que él preferiría, con mucho, dedicarse a un trabajo más humanitario. Su formación le ha hecho darse cuenta de los problemas y aun de la existencia de un cuarto mundo. Su inclinación, ayudada por cierto sentimiento cristiano hacia los pobres, querría compartir la condición de estos últimos. Su división o lucha interior, nada platónica, me ha hecho a mí reflexionar mucho y no tanto porque se parezca no poco a la mía, sino porque este contraste es bastante frecuente, tanto en la vida económica como en la universitaria.

Ciertamente hay vocaciones claras e imperiosas y no sería la primera vez que se viese a alguien abandonar su situación desahogada y un porvenir brillante para consagrarse a los desheredados de la fortuna. El ejemplo de Francisco de Asís no ha quedado sin imitadores. Muchos jóvenes de hoy no perciben el llamamiento de la misma manera. ¿No habrá sino la salida triste del joven rico para aquellos que, por una razón o por otra, se ven en la imposibilidad de hacer una tal elección? Es asimismo cierto que la profesión de este amigo mío está particularmente en contradicción con sus gustos profundos. ¿Hay algo más opuesto, en efecto, que trabajar por una parte en la gestión de una empresa, en su valoración

ción, en la búsqueda del máximo provecho y de la mejor inversión y desear, por otra, participar en la vida de aquellos a quienes el afán desordenado de los primeros ha excluido finalmente de toda posibilidad de integración y ha rechazado, si no a la miseria, sí a la percepción de un salario apenas suficiente? Esta contradicción aguda, cuyo fruto corre el peligro de convertirse en una esquizofrenia, no por ejemplar es menos común.

* * *

En el fondo, en la medida en que cada uno de nosotros participa en la organización del sistema en el que vivimos, se integra en la sociedad de consumo en la que todo se mantiene trabado y trata de mantenerse a flote a cualquier precio; lleva una vida convencionalmente «decente»; acepta de hecho, si no de derecho, el principio de primacía de la rentabilidad. En otros términos, en la medida en que cada uno trata de permanecer en el barco en el que no queda más sitio ¿no participa en el negocio de los que tienen la función de impedir que otros embarquen? ¿Quién de nosotros no se ha interrogado alguna vez acerca del valor de lo que hace y si no sería mejor abandonarlo todo y, como Marcel Legaut, irse a la montaña, dejando todo el sistema a su propio destino? Porque el sistema, tal como está organizado, no puede dar cabida a todo el mundo. Tiene que haber excluidos, marginados. Existe la desigualdad suprema del que no es rentable, del que no es asimilable, la de ese cuarto mundo de la emigración.

Lejos de ser excepcional la contradicción en la que vive mi amigo, no deja de ser común, aunque no se manifieste; nosotros todos tenemos algo de él.

Ahora bien; la vida de San Francisco de Asís lo mismo que la de Marcel Legaut abandonando su cátedra de la Sorbona, no parece que sea la única vía posible para vivir plenamente el Evangelio. Supuesto que a una dificultad tan corriente como la de mi amigo no se pueda dar una solución de carácter excepcional, aun en la hipótesis de que fuese la solución ideal, queda el que, si la pusiéramos en práctica y la revolución, por tanto, estuviese de alguna manera realizada, tendríamos que vivir la posrevolución, es decir, tendríamos que organizar la economía de ese mundo ideal y utópico donde nadie buscaría su propio interés. En otras palabras, el problema seguiría en pie, se plantearía de nuevo. Volveré sobre ello.

Todavía no hemos llegado a eso, al menos por ahora. Vivimos todos en la contradicción; todos somos ese amigo mío, solidarios de un sistema del que nos aprovechamos frente a un cuarto mundo que nos acusa e interpela.

Todos somos jóvenes ricos que preguntamos al Señor qué he-

mos de hacer. Pero es importante que no creamos de buenas a primeras que, después de haber oído «vete, vende todo, dalo a los pobres y ven sígueme», podemos alejarnos pensando que eso se ha dicho para otros. No, se refiere a todos y no solamente a los que buscan la perfección. Nadie se escapa a su provocación. Los apremios de la vida hacen que todos seamos solidarios de un sistema que produce la exclusión, provocando siempre nuevas exclusiones y cada vez más radicales. Esta solidaridad natural hace que gocemos de grandes bienes, pero las exigencias del Evangelio hacen que, en el nombre de Jesucristo, seamos solidarios de los marginados. «Lo que hayáis hecho a uno de estos más pequeños de los míos, a Mí me lo hicisteis.» Lo irreductible del Evangelio es que Jesús se asimila a los pobres. El problema de lo religioso y trascendente no es tanto que Jesús sea Dios cuanto que Dios sea este hombre que rompe con la sociedad y los poderosos, ese hombre condenado por la justicia de su época, el sublevado por la injusticia y la opresión, el rechazado por el poder y el dinero. Tal es la provocación del Evangelio. Ahora bien; nosotros estamos en continuo péndulo entre las necesarias solidaridades de la vida y la llamada del Evangelio: «dalo todo a los pobres». Y «nadie puede servir a dos señores porque odiará a uno y amará a otro». Hay que escoger, hay que elegir. Servir a Dios es seguir a Jesucristo; es identificarse con los esclavos, con los excluidos, con los marginados; es oponerse a los amos y a los poderosos.

Tal es la provocación evangélica. Pero tal es también el hombre que la escucha: un hombre dividido entre las solidaridades naturales y la llamada a otras nuevas. Tal es el hombre a quien el Evangelio **no le ha sido** dirigido en el pasado, sino que **le es** dirigido hoy. Este hombre dividido no sólo somos nosotros, pobres pecadores, frente a cristianos de otro temple como los santos, como San Francisco de Asís, el cual se vería hoy en el mismo dilema; estaría él también dividido. No hay hombre que escape a esta división, nunca lo ha habido, pero hoy se deja sentir más. Si al hacer el voto de pobreza muchos se habían propuesto escapar a esta contradicción, hoy es claro que no lo habrán conseguido. De tal manera se ha transformado el mundo, la interdependencia mutua ha llegado a un punto tal que es imposible «abandonar el mundo», como se decía antiguamente. Los que lo han creído y querido están hoy en crisis; en tanto en cuanto que ven en qué medida sus solidaridades naturales siguen en juego y que la vida pobre que pretenden llevar no es posible porque está inserta en el mundo tal cual es, del que a mayor abundamiento aquella cubre sus necesidades. Lejos de ser un fermento revolucionario esa vida es ambigua, como todas nuestras situaciones, y sirve perfectamente para justificar los sistemas de desigualdad en los que nos encontramos. ¿Creen ustedes sinceramente que hoy los religiosos que han dejado el mundo y hecho voto de pobreza son realmente pobres? Quizá crean que son sinceros cuando afirman vivir pobremente. Mas ¿qué valor atribuir realmente a su modo de vida social? ¿Creen que esa forma

de vida es significativa realmente bajo el punto de vista económico? Tal era, no obstante, el proyecto de los religiosos desde San Benito. Pues entonces ¿qué responder a mi amigo, el señor X, cuando suceda, además, que el señor X ha hecho voto de pobreza y que su trabajo, de tipo eminentemente capitalista, lo realiza en nombre de la santa obediencia y que la imposibilidad en que se encuentra de ir a vivir a un tugurio le viene precisamente del deseo que tenía de abandonar el mundo y hacerse solidario de los pobres?

Mas nada es sencillo como dice Sempé, menos una cosa, quizá a saber, que somos nosotros, tal como somos, con nuestras cualidades, nuestras solidaridades y nuestras esperanzas, a quienes se dirige el Evangelio constantemente, y no para hacernos culpables, sino para salvarnos y darnos confianza. Antes de comprenderlo es necesario, al menos, oírlo o saber que todo él se dirige a nosotros y no solamente a una categoría de perfectos. Cómo vivir esta llamada será el segundo punto: el Evangelio nos impone un compromiso de solidaridad. ¿Cómo ha sido posible no comprender la importancia de esta elección?

* * *

Creo que la concepción griega de la ciencia ha sido causa determinante del desconocimiento cada vez mayor de esa elección primaria que nos demanda el Evangelio. Así como Aristóteles deducía el comportamiento moral del hombre de la idea que se hacía de éste y de la justicia, así nosotros hemos buscado el fabricarnos una idea del cristianismo, de la que hemos deducido una práctica cristiana. Seguro que Aristóteles, sociólogo antes que escritor, había estudiado el comportamiento del hombre y sus diversos modos de organización política. Queda claro que su conclusión ha sido una idea y su norma moral la conformidad con esa idea. Nada tengo que objetar, pero ello resulta hoy ineficaz, sobre todo en el diálogo interdisciplinar. Así, se ha transformado el Evangelio en una doctrina y se ha dejado de lado la previa elección. Los teólogos y moralistas han hecho esfuerzos enormes para poner en pie la doctrina social de la Iglesia. Se han imaginado un mundo respetuoso con los «valores cristianos»; no han querido ver el mundo real; han buscado el arreglo teórico conforme al ideal cristiano; se han ocultado las relaciones de fuerza desplegadas para una ideología del bien común. Esta ideología ha sido el velo impenetrable que nos impide toda visión y aun todo análisis de la realidad. Esto es lo que debería ser el príncipe: el garante del bien común. Esto es lo que debería ser la economía: el arreglo racional de todas las cosas y de todos los hombres con vistas al desarrollo de todos y cada uno. Al final no habría más pobres. En esta perspectiva se podría uno preguntar a ver en servicio de quién se ponía todo este esfuerzo.

Causa extrañeza el comprobar que los economistas responden

J. M. LOCHTEN

con frecuencia a las proposiciones de los príncipes que solicitan su ayuda en los proyectos de organización y de gobierno; al servicio de los sindicatos o de los marginados que se esfuerzan por su libertad, es menos frecuente. El colmo de esta conducta aberrante ha conducido a la paradoja. De tal manera, en efecto, la economía se ha hecho dominante, que después de haber integrado las matemáticas para cubrir modelos cada vez más sofisticados y subordinado la búsqueda fundamental de todas las ciencias llamadas exactas, después de haber incluido la psicología para dominar los acontecimientos sociales y todas las ciencias llamadas del hombre, ella se encuentra siguiendo la misma lógica totalitaria enfrentada con la teología. Y, efectivamente, a partir del momento en que el sistema económico no concierne ya a unos pocos sino a todos los hombres y para toda su vida, se le impone la cuestión del sentido de la existencia de esos hombres cuya vida ordinaria ella organiza. Se está cerca de un teología industrial o de la economía teológica. Paradoja: no es ya el teólogo el que intenta oír la voz de los economistas, como antes; son los economistas los que convocan al teólogo para integrar su discurso en la mejora de los procesos de producción. No es un absurdo el imaginarlo. Está ahí. Mas la permanencia de los marginados, la producción de desigualdades siempre nuevas y más profundas, nos van abriendo un poco los ojos. Era buena la idea, sin duda, de pensar en un mundo donde se pudiera vivir el Evangelio, un mundo conforme a la doctrina evangélica, donde no hubiese ya más injusticias. Su resultado ha sido ponernos en contacto con los organizadores del mundo, con los dueños, con los señores. Nos hemos introducido sobrepticamente en el mundo de los poderosos. Nuestra solidaridad con el mundo de los pobres se ha vaciado de todo su contenido. Ahora bien; el Evangelio no nos pide que imaginemos una sociedad conforme a ciertos principios, lo que no serviría finalmente sino para hacernos la ilusión de ser justos, para hacer de nosotros nuevos fariseos. Antes que nada, el Evangelio nos pide que nos hagamos solidarios de nuestros hermanos que padecen necesidad. No cabe duda; el esfuerzo intelectual para racionalizar el arreglo del planeta no ha sido en vano. Sin duda que la elección de la profesión de economista no es en sí, desde el punto de vista cristiano, menos noble que la elección de la hermanita de la Caridad que cuida a los enfermos sin pensar en reformar el mundo. Me acuerdo ahora de un profesor mío de teología moral que preguntaba quién había contribuido más a la liberación del hombre, el poeta que camina pensativo al borde del río pensando en el despuntar del alba o el médico que gasta su vida en curar de la tisis a los que hacen girar la rueda del molino a fuerza de brazos. El esfuerzo científico no es ciertamente en vano, y lejos de mi ánimo está la idea de cualquier vuelta romántica al obscurantismo. Sólo que ha habido traición al pensar que, sirviendo a la economía, a su racionalidad, se servía a Dios, a quien se ha querido sustituir prescindiendo por fin de El; lo cual es una de las fuentes del ateísmo. Pensar en un mundo conforme

al ideal cristiano es la preocupación de un organizador, de un maestro. Jesús nunca nos pidió eso; lo que nos pidió es curar las llagas del herido, como lo hacía el buen samaritano. El Evangelio es, antes que nada, solidaridad con los pobres, a quienes traicionamos casi sin darnos cuenta, con tanta mayor prisa e inconsciencia cuanto nos encontramos más lejos de ellos. Según recordaba no ha mucho un historiador, Luis XIV no se hubiera ilusionado tanto sobre el estado de Francia si no hubiera existido entre él y su pueblo la barrera de cortesanos que él mismo había levantado. No es absurda la política maoísta de enviar de vez en cuando a los estudiantes a las fábricas o a las labores del campo, pues, si, a corto plazo, el estudio debe sufrir necesariamente alguna mengua, el balance final de semejante formación será positivo. Pasa a la inversa con nuestros estudiantes universitarios, de quienes se dice con gracejo que, sabiéndolo todo, no saben nada. Ignoramos cuál es el bien del pobre. Tenemos que aprender por qué dijo el Señor «bienaventurados los pobres» y por qué es verdad que el Padre ha ocultado a los expertos y encargados de negocios lo que ha revelado a los pequeños, a los que sufren inclinados bajo el peso y de los que Jesús se ha hecho solidario al mismo tiempo que su consuelo. Si en nuestros despachos de economistas nos alejamos del pobre y los olvidamos, caeremos en la misma mentalidad de los que están instalados en los despachos ministeriales.

La solidaridad, pues, con los pobres, debe ser material e inmediata, ya que se trata de verdaderos pobres, no de pobres de espíritu. Se trata de un trato verdadero, no de un deseo platónico o de una preocupación por el bien del prójimo. Los pobres de hoy no son los excluidos en espíritu sino los realmente excluidos, los cuales tienen algo que enseñarnos. La permanencia de los pobres, la aparición de pobrezas nuevas y profundas, nos abren los ojos sobre el funcionamiento real del sistema. Ningún perfeccionamiento de este sistema, ningún sistema, aun el más cercano al Evangelio, suprimirá el problema. Esta permanencia manifiesta el realismo con que nosotros analizamos la ciencia económica, realismo que se escapa a nuestra voluntad de racionalización, realidad que precede siempre a nuestros esfuerzos por comprenderla y dominarla.

Pues, entonces, ¿qué llega a ser la ciencia económica?

No me toca a mí hacer aquí una epistemología, ni poner un nuevo fundamento a las ciencias ni a la economía. Quisiera solamente subrayar lo que me parece fundamental en el Evangelio. Se podría aquí señalar una pista, pero entonces hablaría como filósofo y porque siento alguna inclinación personal hacia ese problema. Creo que estamos hoy a punto de descubrir otra manera de plantear la cuestión científica. Como dice Fourastier, el fundamento del progreso de las ciencias modernas es el recurso a la experiencia. Los conocimientos universitarios se han basado

J. M. LOCHTEN

siempre en la experiencia valedera universalmente. No sería necesariamente traicionar el espíritu científico el introducir en el seno de la experiencia la elección. En vez de detenernos, como lo hacemos hoy, o creemos hacerlo, en la elección que dejamos a otros, ¿por qué no partir de ella? ¿Por qué no aceptar el que no podemos ver nunca la realidad si no es partiendo de un cierto punto de vista? Lo que parece evidente es que nunca estamos por encima de Sirio. Sepamos entonces elegir con claridad nuestros puntos de vista.

* * *

No avanzaré más refiriéndome a los trabajos sobre el concepto de una ciencia partisana. Ciertos economistas se han puesto resueltamente al servicio de las clases menos favorecidas o de países explotados, con una nueva ambición, no la de pensar en un mundo donde la dignidad humana pudiera ser respetada, sino la de trabajar en establecerla partiendo de la reivindicación de los pobres. Conscientes de las luchas de los intereses en presencia, varios han optado por el interés de los oprimidos. Sin insistir en teorías, sé que hay gente que en presencia de conflictos, toman automáticamente la defensa y el partido del más débil. Intuitivamente, sin que lo pueda probar, creo que tienen razón. Hay en el Evangelio un episodio, el de la mujer adúltera. ¿Puede decirse que objetivamente la adúltera tenía razón?

En eso no hay leyes teóricas, hay actitudes e imposibilidades prácticas. Tenemos, por ejemplo, el mundo de los abogados. Son siempre los mismos los que defienden las multinacionales y siempre los mismos los que defienden a los pobres o a los débiles. Más aún. Si el abogado habitual de una multinacional se pusiese un día a defender a un militante sindicalista, crearía automáticamente la sospecha. Cierta sentido de la justicia hará quizá que este abogado obtenga para el empleado despedido una indemnización más importante que la que le hubiera consentido su cliente. Pero ¿qué abogado de multinacionales se atreverá a atacar el principio mismo de ese despido? Cuando el cliente es una multinacional y se es abogado en todas sus causas, es posible ser abogado de otra multinacional; eso se lleva muy bien, es bien visto. Pero para una internacional es intolerable que su abogado lo sea al mismo tiempo de un sindicato obrero. Son imposibilidades prácticas que arrojan luz sobre las actitudes previas. Lo mismo vale, según creo, para otras instituciones.

Al abordar el problema de la esperanza se precisa aún más sobre la elección. El Evangelio me fija ciertos valores. El escoger el partido de los más débiles me señala una tarea que cumplir. La reflexión científica me permite llevarla a la práctica, pero ¿cómo obrar sin analizar los componentes de una situación y prever las consecuencias posibles de mi acción? Porque ¿podré yo llevar a

buen término este asunto? Es que, por hacerme solidario de los pobres, de los humildes, de los excluidos ¿suprimiré la pobreza, las injusticias? ¿No provocaré más embrollos? ¿No son ciertamente apremios de los que el Evangelio me exhonera a corto plazo, pero a largo...?

La coacción para garantizar el éxito ha estado injustamente ligada a una cierta concepción del hombre y de la sociedad. Con dos afirmaciones hechas aquí quiero explicar mi punto de vista. Cuando se dice que no hay que avanzar mucho en la senda de la reducción de desigualdades so pena de «desmotivar» a muchos de los actuales privilegiados de quienes depende en buena parte el dinamismo del aparato económico, ¿no se forma una idea que va en contra de la fraternidad, a la que nos llama el Evangelio, en nombre del freno del realismo y de la eficacia? ¿No se pone un límite a la esperanza? ¿No pretendemos hacer un mundo a nuestra imagen renunciando a aquel de que nos habla Cristo?

Y la visión particular del hombre que deja entrever la teoría neoclásica tan bien analizada por Saily, ¿no termina por suprimir la esperanza cristiana, sustituyéndola por una esperanza humanamente concebida? ¿Quiere decirse que somos masoquistas y que estamos dispensados de todo criterio de realismo y de toda visión del mundo hasta el punto de obrar como desesperados?

Creo que la esperanza cristiana funda otro modo de acción. Según el Evangelio de San Juan Jesús llama a Pedro, que se interesa en aquel momento por la suerte de Juan. Y Jesús responde: «Si yo quiero que se queda hasta que yo venga, tú sígueme.» He aquí mi interpretación. Hay que dejar a Dios lo que es de Dios. Nuestro deber no es concebir el mundo, sino transformarlo. La forma que revestirá al final no está en nuestro poder preverla. Aquí aparece mejor el lugar de las utopías y su peso real. Ciertamente que nadie es capaz de cerrar los ojos al futuro, sobre el que cada uno tiene su propia idea. Ya hemos tenido algunas evocaciones del señor Saily, y en el Evangelio no faltan textos con rasgos utópicos; por ejemplo, las bienaventuranzas. Lejos de que esta idea constituya la norma que dirija mi acción y le dé su moralidad, ella no es sino el horizonte siempre cambiante de un campo de batalla inmediato en el que el deber se impone como la vida, sencillo y tranquilo. Puedo, sin duda, imaginarme la sociedad del futuro y podremos discutir sobre ello, pero mi acción inmediata no depende de ello. Lo que hay que hacer ahora es claro: «Tú, sígueme.»

Esto es tanto más importante cuanto que por ello nos distinguiremos de los incrédulos. ¿Qué papel desempeñará mi fe, si suprimo el problema? El hombre es un ser implacablemente racional, movido por el instinto infalible en la consecución de sus intereses. La armonía entre los hombres no es una utopía y se conseguirá sin dificultad con tal que se cumplan ciertas condiciones. Relean de

J. M. LOCHTEN

nuevo las conclusiones del señor Saily; ¿qué lugar ocupa en ese modelo la esperanza. No tenemos ya necesidad de Dios ni de salvación. Si el Evangelio me parece que nos dispensa de la preocupación por el éxito, es porque nuestra fe nos dice que hay OTRO que se preocupa de ello, más allá, infinitamente más allá de todo lo que nosotros somos capaces de hacer por nuestras propias fuerzas en el horizonte de nuestra humanidad, más allá del proyecto revolucionario de una tierra llena de hombres, totalmente hombres, no copias conforme a nuestros deseos aun los más profundos, no proyección bajo forma personal de la foto-robot de nuestros deseos y ensueños.

Por lo que respecta al amor, puede que ninguna otra cosa atraiga más la atención del hombre, pero es asimismo posible que se le revele algo nunca oído, absurdo a la vista de sus imágenes y de sus conceptos; en una palabra, que Dios intervenga. La parábola del juez inicuo del que hacíamos mención al principio, se termina con esta perícopa pocas veces citada: «escuchad lo que dice el juez inicuo. Y ¿no haría Dios justicia a sus elegidos que noche y día gritan hacia El, mientras contemporiza por su causa?» Os lo digo: «les hará pronta justicia. Mas el Hijo del Hombre cuando venga, encontrará fe sobre la tierra»

¿Hay todavía sitio para la fe en nuestras facultades de economía?